



PILAR LUNA ERREGUERENA (1944 – 2020)

Adriana Velázquez Morlet

Conocí a la arqueóloga Pilar Luna por ahí de 1998, cuando el Dr. Enrique Nalda (†), entonces Secretario Técnico del INAH, le pidió que fuera a Cozumel, Quintana Roo, para hacer un dictamen sobre unas piezas prehispánicas extraídas de un cenote por personal del INAH y algunos buzos de la isla, las cuales les habían sido injustamente decomisadas por la autoridad municipal de entonces. Con la enorme generosidad que siempre la caracterizó, Pilar pasó varios días ayudándonos a convencer a un agente del Ministerio Público, que el grupo de buzos detenido ni era de saqueadores, ni las piezas iban a ser vendidas al extranjero.

Durante las largas horas de preocupación que pasamos revisando el dictamen y esperando ser atendidas por el M.P., Pilar me contó de su amor por la península de Yucatán, y de sus primeros años en la arqueología excavando un chultún en la zona arqueológica de El Rey, cuando dos de sus trabajadores murieron a causa de la histoplasmosis generada por el guano de los murciélagos que vivían en el interior, y en donde también ella estuvo en muy serio riesgo de morir, al adquirir la misma enfermedad. Desde ese complicado episodio de mi primer encuentro con ella, Pilar regresó muchas veces a la península, y yo tuve el privi-

legio de verla y conversar en múltiples ocasiones. Compartimos reuniones para la salvaguarda del patrimonio sumergido, visitas a cenotes y cavernas, y muchas ideas sobre proyectos de investigación y conservación sobre la infinidad de bienes culturales que aún están por conocerse en la región.

Sin duda, uno de los momentos más importantes de mi larga relación de trabajo y amistad con Pilar Luna, fue cuando en noviembre de 2009 recibimos la comunicación del buzo Alejandro Álvarez, dándonos aviso del hallazgo de restos humanos y animales en un cenote ubicado al norte de Tulum. Desde que vimos por primera vez el video que habían realizado Alejandro y sus colegas, supimos que se trata-

ba de un hallazgo extraordinario, debido a la cantidad de restos óseos depositados al fondo de una enorme oquedad, pero sobre todo porque era claramente identificable un cráneo humano. Se trataba del yacimiento hoy conocido como Hoyo Negro, donde fue rescatado el esqueleto de Naia, uno de los ejemplares humanos más antiguos de América, así como una gran cantidad de restos de animales del Pleistoceno, la mayor parte de ellos hoy extintos.

Una vez que se organizó el proyecto, todos los años Pilar regresó a Tulum, a Campeche y a otros lugares de la península, para trabajar con su equipo de especialistas en un detallado registro y análisis de la caverna y su escondi-



do tesoro; tuve oportunidad de acompañarla durante el emocionante día en que se colectó el cráneo de Naia y compartí con el grupo los impresionantes resultados de una de las investigaciones de arqueología subacuática más completas que se han realizado en los últimos años.

Cada plática con Pilar siempre estuvo llena de alegría y pasión por la investigación y la defensa del patrimonio sumergido; sus discípulos se quedan con una tarea inmensa, la de no de-

jarse intimidar, la de seguir a pesar de las adversidades, y la de nunca dejar de investigar lo que resguardan las aguas, a veces tranquilas, a veces turbulentas, de los mares, las lagunas, los cenotes y las cavernas de México, porque como dijo en varias ocasiones, “nuestro patrimonio ni se vende, ni se subasta, ni se compra, ni se regala”.

“ Buena mar y mejores vientos, querida amiga”.